**CIENCIA COMPROMETIDA: UNA ALTERNATIVA DE EMERGENCIA**

Hay que salirse de esta situación paralizante, de esta frustración y dependencia cultural y económica. La débil estructura del MINCYT y falta de previsibilidad acompañada por conducciones genuflexas y sin convicción han llevado a la vulnerabilidad del sistema de Ciencia y Técnica (CyT en adelante). Estas condiciones obedecen a un momento de la historia donde se repiten recetas de dependencia estructural derivadas del comercio exterior desventajoso, del deterioro institucional que implican perdida de sensibilidad y empatía por el otro y la concepción neoliberal de que sólo después de la acumulación y concentración de la riqueza en pocas manos podrá existir algún “efecto derrame” para el resto. En ese contexto CyT fueron degradados, tanto su infraestructura como sus actores, y las universidades convertidas en escuelas de oficio y fábricas de profesionales liberales, descomprometidos. Estamos en emergencia.

Desde afuera de la epistemología y las ciencias sociales uno entiende que la ciencia, como investigador de CONICET y de la Universidad, debiera ser un compromiso. Un compromiso con la sociedad en que nos apoyamos y que nos mantiene porque ella cree, o al menos debería creer, si le fuéramos honestos y sinceros, que nuestra actividad es positiva, propositiva y constructiva en los miles de aspectos que implican desarrollo de todas las líneas y potencialidades que cualquier país pequeño e independiente necesita para crecer sólidamente, logrando el bienestar de su pueblo. La pregunta, bastante vieja por cierto, es la que algunos cuantos científicos ya se preguntaron en el pasado y de alguna manera los obligó a posicionarse de un lado y del otro de una línea divisoria (una “grieta”, como la de moda en estos días, impuesta por el cretino sistema reinante y los medios hegemónicos). Una divisoria que no necesariamente ayudó al crecimiento ni a la incorporación del conocimiento científico en el mundo de los desarrollos tecnológicos, ni de la innovación, entendiendo como parte de esta última, establecer y sostener vínculos con otros sectores del estado y con el emprendedorismo independiente, contagiando y construyendo el motor de un desarrollo genuino. ¿Y qué significa esto? Para mí, una forma de crecer equilibrada y sustentablemente y una manera de sentirse fuertes, aprovechando al máximo la capacidad humana disponible y el potencial de nuestros recursos. No todos los países disponen de estos dos capitales independientes y no es este el lugar para hacer historia en ese sentido, pero lo cierto es que, como pocos en el mundo, Argentina cumple los dos requisitos. Un enorme capital humano, altamente calificado y con enorme potencial y recursos naturales inigualables que hacen que todo lo que venimos sufriendo sea absolutamente inexplicable para cualquier ser humano con cierta lógica y sentido común.

Fuera de la necesidad de echarle la culpa al gobierno actual por la absoluta desidia y perversidad con lo que intenta hacer de todxs nosotrxs (el pueblo) un negocio tutelado para que unos pocos disfruten y nos saqueen, sosteniendo un aparato de difusión hegemónico y de mentiras que subjetivan nuestra vida y sensibilidad; digo, fuera de toda esa porquería, no podemos lxs científicxs quedarnos pintados y patinando, tironeadxs por estos viejos antagonismos, o incluso peor, ignorándolos. La verdad es que si no nos dimos cuenta de que estamos tocando fondo y hemos quedado reducidos a un adorno inconducente al que nadie incorpora dentro de sus prioridades, es porque somos miopes y, tal vez, seguimos pensando como idealistas inmersos en una burbuja.

La ciencia no es un constructo prístino, impoluto, desvinculado de lo ideológico, pero los científicos, como personas de carne y hueso, tenemos ideales y propósitos. Que lo advirtamos o no es responsabilidad u obligación de cada uno. Que no lo advirtamos tiene que ver con nuestra falta de compromiso y por compromiso, entiendo sensibilidad y preocupación por lo que sucede y por lo que contribuimos.

Hay dos visiones históricas de ver la ciencia y voy a intentar no personificar para que la gente no se confunda y no se desvíe con prejuicios. Los que han leído algo más se darán cuenta, pero aun así, prefiero que lo interpreten. Una, responde a una cosmovisión universal de la ciencia, enfocada en la producción de conocimiento (sin planteo alguno relativo al contexto, importancia, situación, aplicabilidad e inmediatez) y que como eje hace hincapié en la producción de publicaciones científicas (*papers*) y con base en esto ha construido su idea de productividad y competitividad. La otra acepción, es la de científicos involucrados con la realidad y su entorno, preocupados por la medida en que su producción (entendida como un conjunto equilibrado de obligaciones de difusión, divulgación, extensión y formación) tenga transferencia, influya e impacte en el bienestar de la sociedad que los mantiene. Obviamente, por transferencia me refiero a incorporar nuevos conocimientos a saberes y prácticas ciudadanas y retroalimentarlos para que potencien posibilidades de crecimiento y permitan lograr condiciones de bienestar y desarrollo con sustentabilidad.

Las dos modalidades han sido genéricamente caracterizadas como visiones cientificistas y revolucionarias (términos utilizados por Varsavsky y Sábato, respectivamente), pero que independientemente de que invitan a ponerse de un lado u otro, no han contribuido más que con la profundización de una división inconducente y escasamente constructiva. Tal vez, incluso han aportado al estéril divorcio entre ciencia pura y aplicada o útil e inútil. Por más que podamos haber caído o militado en algunos de estos dos extremos, no hay tal cosa. Por definición, no puede haber ciencia inútil, porque toda ciencia contribuye al desarrollo humano. Pero si puede ser cierto que quien investiga, olvidándose del contexto, o peor aun ignorándolo, claramente carece de compromiso.

Tal vez, por mi visión como naturalista y por mi actividad en las Ciencias de La Tierra, no estrictamente fáctica pero tampoco una ciencia blanda, uno siempre busca resolver con intuición y deducción problemas que atañen a un vasto cuerpo conceptual que da origen a nuestro sustento, a muchas de nuestras riquezas y, por sobre todo, a dimensionar que nada tiene sentido si no resulta sustentable y compatible con el medio ambiente y con un desarrollo que beneficie a todxs. Es decir que en un país con nuestro potencial, resulta inconcebible que malas prácticas conduzcan a asimetrías y acumulación desmedida en desmedro de la calidad de vida de las grandes mayorías. Pero un buen manejo que implique reparto equitativo de condiciones y posibilidades sólo puede ser incentivado desde un estado, que promueva la congruencia entre la estructura educativa, la infraestructura científico-técnica y la estructura productiva como estrategia de gobierno. Un estado que esté convencido de la inversión que significan investigación y ciencia como herramientas de despegue, favoreciendo el desarrollo de las distintas áreas estratégicas, la articulación con el medio productivo y los diferentes entornos sociales y regionales, el impulso de innovaciones y nuevas oportunidades, facilitando y motorizando nuevos ejes de producción y desarrollo y focalizándose en áreas estratégicas y temas prioritarios, sin por ello descuidar la fábrica de nuevo conocimiento que implica el nexo y la retroalimentación entre investigación científica -tecnológica y educación.

En este modelo, nadie está de más, pero sí necesitamos repensarnos y refundarnos. Cuando un país como el nuestro, que tiene todo para su sustento, dentro de normativas racionales y de buen manejo que no perjudiquen a nadie, es factible que la ciencia se convierta en el motor de un formato original y genuino que implique romper con el *cut & paste* que hacen de ella algo lineal, poco original y dependiente de los temas que le interesan a los países centrales. Debemos, por el contrario, estar preocupados por encontrar cómo maximizar nuestras capacidades y mecanismos de transferencia para poner ese conocimiento al servicio del bien común y activar nuestra independencia, el respeto por y para nosotros mismos.

El modelo geopolítico de países centrales y países periféricos o países fuertes y débiles resulta difícil de romper si de alguna manera no nos diferenciamos y no buscamos romper la inercia en que hemos venido viviendo. Incluso hoy, más que en otros tiempos, tenemos una gran dependencia en lo económico que hace que suframos, más que nunca, una opresión cultural entendida por algunos como globalización. El libre comercio no tiene nada que ver con el desarrollo de la ciencia y menos aún con su transferencia al desarrollo tecnológico. El *statu quo* de la estrategia global es que unos pocos generen ciencia y valor agregado y el resto (la gran mayoría de los países periféricos) nos acomodemos a producir materia prima, cruda y trabajemos como hormigas para ellos, logrando o no subsistir. Es un modelo global que no cierra, al menos para nosotros los periféricos.

¿Esta es una visión política o una realidad que, más allá de ideologías, parece condecir con el mapa mundial de desarrollo? Porque si es así, no existen muchas maneras alternativas de diferenciarse o generar una identidad propia si no ponemos en marcha un programa donde la CyT sean centrales y como tales, tengan rango ministerial supremo. ¿Qué significa esto? No pueden quedar supeditadas a la necesidad de otros ministerios sino que deben proponerse procedimientos y programas para que constituyan punta de lanza de todas las actividades ministeriales, en todas las regiones del país. Deben pregonarse, reproducirse y aplicarse desde la escuela misma, fundamentalmente en ayuda al desarrollo de nuestra creatividad, potenciando y prospectando nuevas alternativas y herramientas que vayan más allá de lo conocido, que desarrollen futuro. Significa potenciar nuestras habilidades en materiales y desarrollos tecnológicos industriales, aero-espaciales, navales, energéticos, etc… pero a la vez, estar preparados para producir cambios, para pronosticar, evaluar y revertir situaciones adversas, sobrellevar inconvenientes y evitar riesgos de obsolescencia y anacronismos.

Volviendo a la ciencia y a los científicxs, es necesario confluir en una nueva visión que incorpore la “responsabilidad social de los científicxs”. Esto posibilitaría encontrar el camino de la construcción colectiva y la conciencia para que más y más, nuestrxs becarixs, investigadores y docentes adviertan la necesidad de articular proyectos que en el corto o mediano plazo permitan acortar la brecha entre ciencia y tecnología y advertir que el desarrollo tecnológico y productivo no pueden alcanzarse por buena voluntad y sin tomar una decisión compartida. Sólo así podremos pasar a la acción y crecer sostenidamente y con determinación en el largo plazo. Pero en esta construcción, **todxs** debemos ser protagonistas. Nadie debe quedarse afuera de esta gran oportunidad y responsabilidad. Siempre tenemos opciones y nuevas líneas para investigar y podemos elegir. Depende de nuestro compromiso, de plantearnos hacia dónde queremos ir, en qué queremos convertirnos y a través de qué herramientas de producción. Depende de si vamos a crecer copiando a costa de regalar todo o si lo vamos a hacer (como intenta, por ejemplo, Bolivia) a costa de emanciparnos mediante el desarrollo de nuestra capacidad científica y tecnológica, adquiriendo confianza en nuestra propia fuerza.

Ricardo Astini (UNC-CONICET), 13/06/19